



PATRICIA
NELL
WARREN

LA CARRERA DE HARLAN

La carrera de Harlan es la continuación de la exitosa novela de Patricia Nell Warren, *El corredor de fondo*.

Harlan Brown se ve obligado a participar en la carrera de su vida. Vince Matti, un enfadado activista gay y amigo íntimo de Billy Sive declara su amor por Harlan; Betsy, una valiente madre lesbiana; Chino, un veterano de la guerra del Vietnam con un corazón herido y el hijo secreto de Billy intentan sobrevivir al odio y la violencia que los amenaza.

La carrera de Harlan ha sido un gran éxito de ventas, heredando después de dos décadas las excelentes críticas que obtuvo *El corredor de fondo*.

«Libro ansiosamente esperado... amargo, dulce y profundamente nostálgico... un buenísimo thriller con una historia de amor paralela y una dosis de sexo... Una prosa muy sólida... y un final explosivo.»

Victoria A. Brownworth. **The Advocate**

«Suspense y romance... Warren analiza veinte años de vida gay en América.»

Bob Nelson. **New York Newsday**

*Para todos mis lectores
y todas las librerías que
han estado ahí conmigo
y para todos los que me ayudaron
con este libro.*

Nota de la autora

Después de que *El corredor de fondo* se convirtiera en un superventas internacional, Jim Landis, mi editor en William Morrow, se mostró muy entusiasmado con la idea de que escribiera una segunda parte de la novela.

En el nuevo libro contaría lo que había sido del hijo de Billy Sive, nacido, según se había explicado en el primero, en 1977. Sin embargo, vérmelas con un adolescente, como yo pretendía, suponía situar la acción de la novela a principios de la década de los noventa y, teniendo en cuenta que estábamos a finales de los setenta, ¡eso prácticamente rozaba la ciencia-ficción! Después de darle vueltas a la historia durante uno o dos años, finalmente tuve que decirle a Landis que no me veía capaz de escribir *Billy's Roy*.

El paso del tiempo ha traído consigo muchos cambios y retos para la comunidad gay y para aquellos Estados Unidos en los que vivió el entrenador de atletismo llamado Harlan Brown de *El corredor de fondo*. Entre otras cosas, cuando en 1973 escribí *El corredor de fondo* no se había oído hablar del sida. A finales de los setenta, no eran muchos los norteamericanos capaces de imaginar hasta qué punto nuestro mundo llegaría a estar marcado en la década de los noventa por el declive económico, el deterioro medioambiental, por el poder de la prensa, el resurgimiento del racismo y de la intolerancia y de nuevos Vietnams. Sobre todo, eran muy pocos los que podían prever la creciente violencia social y la necesidad de autodefensa.

En 1982 empecé a escribir mi quinta novela, *One is the sun*, que publicó Ballantine en 1991.

Sin dejar de darle vueltas a *El corredor de fondo*, me di cuenta de que ya había llegado el momento de escribir la segunda parte, y de que se necesitaba otro libro que hiciera de puente entre *El corredor de fondo* y *Billy's Boy*. Con el título de *La carrera de Harlan*, el libro explicaría cómo sobrevivió Harlan Brown a la violencia y a los retos de esa época, una época marcada por los cambios.

Patricia Nell Warren

PRIMERA PARTE

Una cuestión de inocencia

Uno

Durante el verano de 1990, a los cincuenta y cinco años, en un momento en que estaba cerrando muchos ciclos de mi vida, volví a Nueva York por primera vez en muchos años. Allí tenían lugar los Gay Games y decidí asistir al evento. Conocí a gente nueva y me encontré con los pocos de mis viejos amigos que seguían con vida.

—Hola, Harlan. ¿Cómo estás? Cuánto tiempo. Sí, todavía estamos juntos... aguantando. ¿Te enteraste de que Justin murió? ¿Y Chen? Cuéntanos de ti. ¿Tienes novio? ¿Por qué demonios no estás ahí abajo corriendo la milla?

Lo típico.

Cuando los juegos terminaron, salí solo por la ciudad y me encontré visitando lugares que había frecuentado en los años setenta, aquella desdibujada época en la que protagonicé mi propia carrera por la vida.

Siempre fui de los que le dan vueltas al pasado. Así que aquella vieja curva de tierra americana volvió a llamarme para obligarme a reencontrarme con una claridad que había perdido. No iba a ser un viaje sentimental. Ante mí no sólo se abría un vacío temporal. Toda una era se había desvanecido, engullida por el holocausto de una época: una versión en presente de lo que a la gente le gusta recordar como aquellos soleados y extintos días del pasado. Ése era un punto de vista que tanto yo como otros gays y lesbianas, junto con muchos norteamericanos heterosexuales de aquella época, habíamos compartido. Aquella era había desaparecido sin que en ningún momento fuéramos conscientes de que corría ese riesgo.

En Nueva York noté los primeros indicios que lo corroboraban. El Village era más peligroso y estaba más decrepito que nunca. Ya nada justificaba que los incondicionales siguieran insistiendo en que era el mejor rincón de la Tierra. A muchos de los establecimientos, camareros, bares, cafeterías y librerías que yo recordaba se los había llevado el viento. El apartamento de Steve Goodnight, donde me enfrenté al fin de mi carrera como entrenador y luché para convertirme en un escritor autónomo, había desaparecido. El viejo edificio de piedra marrón, y la mitad de la manzana, habían sido demolidos para construir una torre de apartamentos.

Al norte de la ciudad, todas aquellas verdes extensiones de Westchester County que tan íntimamente había conocido en los setenta, estaban salpicadas de burdos centros comerciales de nueva construcción. El campus de Prescott College, donde mi equipo de atletismo había sudado durante ocho años, estaba ahora ocupado por las oficinas centrales de una empresa extranjera. Los bosques cuyas pistas habían surcado como el rayo los corredores de cross, en cuya remota cañada esparcí las cenizas de Billy, eran pasto de las excavadoras y de un nuevo proyecto de construcción de casas de una planta en desnivel. El estruendo de los robles al caer era tan desgarrador como el disparo que había acabado con la vida de Billy.

Pero fue el South Shore de Long Island lo que más me impresionó.

En los años setenta, Great South Bay todavía estaba limpia. Los delfines entraban en la ensenada, surcando el agua desde mar abierto. En otoño, millones de mariposas monarca atravesaban la zona en su viaje migratorio hacia México. Las aguas cálidas y poco profundas de la bahía ofrecían un festín de comida limpia: ostras, cangrejos azules y almejas mercenarias. Hasta allí llegaban a reproducirse los bancos de percas y de truchas de mar.

A las viejas familias que vivían en la bahía se las conocía como los *bonnikers*. Vivían allí desde siempre. Sus hombres y mujeres bajaban al agua y sacaban el marisco sin más requisitos que estar en posesión de una simple licencia para faenar y respetar un límite establecido en cuanto al tamaño de las piezas. Sólo se habían empezado a oír los primeros comentarios sobre la hepatitis provocada por las almejas que se obtenían cerca de los arroyos del continente. Cualquiera podía pescar un montón de truchas de mar y comérselas sin la menor preocupación.

Esta vez, mientras alquilaba un velero de seis metros de eslora en la marina de Patchogue, observaba a los inspectores de sanidad etiquetando cada uno de los sacos de almejas que entraban en los camiones de los compradores.

La hermosa bahía estaba sucumbiendo a los efectos de la contaminación, y muchos *bonnikers* se habían marchado adondequiera que la gente emigrara en esos tiempos. Algunos de los que seguían resistiendo estaban intentando construir una granja marisquera, siguiendo el ejemplo de las japonesas. Dos policías *bonnikers* que conocía me llevaron a comer y me preguntaron si había comido perca recientemente. Uno de ellos me dijo que ya sólo se podía comer perca dos veces al año porque tenía demasiado PCB^[1]. Y, según añadió el otro, su sabor era «un poco diferente».

Cuando me comí la que tenía en el plato, le di la razón.

Esa tarde, cuando salí con el barco de alquiler observé que, desde la lejanía, algunos paisajes eran idénticos a como los recordaba. El ferry, un viejo barco destinado al transporte público, todavía perfilaba su blanca estela en el agua de la bahía. Pero, vista de cerca, la bahía estaba salpicada de sarcomas de algas cobrizas. La brisa traía consigo un sutil hedor de productos químicos y de cloaca. Guié el velero lentamente, sorprendido al ver lo vacío que estaba todo.

A lo largo del South Shore, hay una franja de playa de unos veinte kilómetros de extensión. Eso es Fire Island, la

verdadera razón de mi visita. Un lugar que para mí —y para muchos norteamericanos más jóvenes, gays y heterosexuales— era un símbolo de nuestra fe en que el amor y la libertad eran nuestros. Había vivido en la punta este de Fire Island. Desde sus marismas, cubiertas por el estruendo de los pájaros, hasta sus colonias de casas construidas sobre pilares, «La Playa» había resultado tan deliciosa y remota como un atolón de los Mares del Sur.

Al ver en el horizonte aquella isla baja y alargada con sus dunas onduladas se me atragantaron los recuerdos. Durante los meses que siguieron a la muerte de Billy, mi mente estuvo obsesionada con la imagen de su cuerpo estirado y sin vida en aquella playa lejana en la que habíamos dado largos paseos y donde habíamos corrido muchas veces juntos. Ahora podía recordarle vivo: sus brazos fuertes abrazándome, su cálido aliento sobre mis labios, sus ojos de ese azul casi grisáceo que contenían toda la nitidez del cielo del Atlántico. Sus rizos eran como la caracoleante espuma del mar. Su torso, lustroso como una ola en plena formación. Sus músculos jugaban bajo su piel como una manada de delfines salvajes.

Sí, el recuerdo nos juega malas pasadas.

Mientras pasaba con el barco por delante de la pequeña comunidad de Davis Park, en Fire Island, mi cabeza sabía que vería los cambios provocados por el paso del huracán Gloria cuando destrozó la isla a su paso en 1985. Sin embargo, mi cerebro creía que la pequeña marina de 1976 todavía seguía ahí.

Justo al oeste de Davis Park, con el motor del barco ronroneando perezosamente, volví a regañadientes la mirada y sentí una punzada de dolor al ver la nueva ensenada que el huracán Gloria había abierto en la isla.

Ahí mismo, donde la marea alta se reencontraba con el mar por el canal, había estado la casa de playa llamada «Hotel Goodnight». Esa casa fue mi hogar espiritual durante muchos años. El hotel había sido una de las muchas, mu-

chísimas casas del amor: de mis amores, de los amores de mis amigos. Todavía podía oír claramente desde sus habitaciones los suspiros de pasión, del acto del amor. Los profundos besos y las embestidas, los apremiantes gemidos de dos hombres en pleno acto sexual... todo ello impregnaba el aire caliente y dorado, como libélulas en ámbar. Ahora sus pilares rotos sobresalían de la arena, blanqueándose al sol. Todavía quedaban algunas tablas desgastadas esparcidas por las dunas.

En la nueva playa de la ensenada había un delfín muerto.

Apagué el motor y seguí avanzando a la deriva en silencio, con la mirada fija en aquel cadáver semienterrado en la arena.

Bajo mis pies, el barco subía y bajaba con suavidad, a merced de las olas. En la brisa húmeda y caliente, el hedor de la carne podrida me entró por la nariz. Cerré los ojos y le recordé a mi propia guerra interior que hiciera girar la marea de la vida, que me la devolviera.

Esa vida me fue arrebatada el 9 de septiembre de 1976, en los Juegos Olímpicos de Montreal. El día en que murió Billy.

Dos

*9 de septiembre de 1976
Juegos Olímpicos de Montreal*

De todas las cosas que sucedieron el día en que mataron a Billy, lo que recuerdo con más claridad es el olor a carnicería en la ropa. Había corrido el sprint más rápido de mi vida hasta el lugar donde Billy había caído, cuando recorría los últimos metros de la carrera de los cinco mil metros. Me arrodillé sobre la pista, en la calle. Billy estaba tumbado de espaldas, con la cabeza bañada en un charco de sangre cada vez más grande. Tenía sus largas piernas estiradas fuera de la pista.

La gente daba empujones a mi alrededor. Parker, el doctor del equipo de los Estados Unidos, que había sido médico en el ejército, y que ya me había dicho que la herida de Billy tenía todo el aspecto de una herida de bala; la policía canadiense y los miembros de seguridad del estadio; mi guardaespaldas, Harry Saidak, y mi joven ayudante, Vince Matti. Entre ellos alcancé a distinguir a los camilleros corriendo hacia nosotros con la camilla. Pero yo había llegado antes que ellos. Tenía derecho a estar allí con él. Por encima de todo el escándalo provocado por mi relación con Billy, era su entrenador.

—No tiene pulso —informó Parker—. No respira.

—Aguanta, aguanta —le dije a Billy, apretándole la mano.

—Vamos, quédate con nosotros —le pidió Vince, arrodillándose a nuestro lado.

Pero la mano de Billy estaba inerte. El brillo de su espíritu se desvanecía ya de sus ojos entrecerrados. La lengua le colgaba en una mueca grotesca, dejando a la vista el diminuto agujero de bala en su sien derecha. Al salir, la bala le había abierto la sien izquierda. La sangre era densa y de un rojo oscuro, claro indicador de una profunda falta de oxígeno. Su cerebro era una masa de mermelada de grosella que le empapaba el pelo. El olor era húmedo y carnoso, el característico de un sacrificio.

Se me habían incrustado fragmentos grises de hueso en la alianza. Una alianza idéntica a la mía brillaba en la mano de Billy, ahora sin vida sobre la pista.

Mi novio había corrido en todo momento con la cabeza erguida y orgullosa, como un joven corredor de fondo que de pronto se lanzara a toda velocidad perseguido por una ráfaga de ametralladora. Sus rizos marrones tendrían que parecer plumas que levantaba el viento provocado por su propia velocidad. Sus ojos, entre grises y azulados, tendrían que estar abiertos, mirándome con su furioso amor por la vida.

—Harlan, ¿estás bien? —preguntó mi guardaespaldas, agarrándome del brazo. La voz de Harry tembló de rabia e impotencia.

—Sí —contesté automáticamente.

Vince me echó una mano y los demás levantaron a Billy y lo colocaron en la camilla. Mi ayudante parecía aturdido. Una de las zapatillas de clavos de Billy se le cayó de la mano. En las gradas que se levantaban junto a la curva final, la multitud gritaba y se agitaba, como si algo acabara de ocurrir allí.

En ese momento, el eco de la voz del locutor recorrió el inmenso estadio.

—... EL HOMBRE QUE HA EFECTUADO EL DISPARO ESTÁ BAJO CUSTODIA. HA SIDO DESARMADO. REPETIMOS. MANTENGAN LA CALMA... PERMANEZCAN SENTADOS.

Los enfermeros estaban metiendo la camilla en la ambulancia. Legalmente, tenían que cumplir con el proceso reglamentario y llevar a Billy a una sala de urgencias. Pero yo sabía que ya era demasiado tarde. Durante mi etapa de marine, había sido demasiado joven para ir a Corea y demasiado viejo para Vietnam, pero había oído a los veteranos hablar de heridas. Nadie puede vivir con la mitad del cerebro destrozado por una bala.

—Vamos —dijo mi guardaespaldas en voz baja.

Me sacó de la pista, junto a Vince, a toda prisa. Mientras mi ayudante y yo corríamos, Vince apretaba la zapatilla de clavos de Billy contra su pecho y las lágrimas le iban resbalando por la cara. Tenía un corazón joven y tierno y Billy era su mejor amigo. El mío era un corazón de acero. Llevó un tiempo conseguir deshacerlo.

—Quítale los clavos —le sugerí—. Te los vas a clavar.

Vince buscó en su bolsillo el pequeño destornillador que se utiliza para apretar los clavos de las zapatillas. Quitó los clavos, se le cayó uno, lo tomó y se los metió en el bolsillo.

Ahí arriba, en las gradas, el resto de los miembros de nuestra familia o bien seguían sentados, totalmente paralizados, o bien intentaban avanzar entre la multitud. John Sive, el padre de Billy; Betsy Heden, la joven lesbiana que era la mejor amiga de Billy; Joe y Marian Prescott, fundadores de la universidad que apoyaba la apuesta olímpica de Billy; y el escritor Steve Goodnight y su novio Angel. Con ellos había otros tres guardaespaldas.

Fuera del estadio, las sirenas de las ambulancias se perdieron en la distancia.

En la abarrotada puerta del estadio vi a Marian y a Betsy con Chino Cabrera, el compañero guardaespaldas de Harry. Las dos mujeres se nos echaron encima y nos rodearon con sus brazos, a Vince y a mí. Mientras tanto, Chino puso rápidamente a Harry al corriente. El resto de la familia se dirigía a toda prisa a un punto de encuentro fuera del estadio.

—Harlan, ¿no vas con Billy? —jadeó Marian.

Entonces, Betsy y ella vieron que tenía toda la ropa teñida de rojo.

—Dios mío... —murmuró Marian, tapándose los ojos.

Echó los brazos al cuello de Betsy, que sólo fue capaz de pronunciar el nombre de Billy y proferir a continuación un terrible alarido.

La multitud aterrada nos tenía inmovilizados cerca de la entrada del estadio. Chino y Harry se habían plantado delante de nosotros. En ese momento los flashes de las cámaras empezaron a parpadear en nuestras caras. Las imágenes de nuestro clan ensangrentado darían la vuelta al mundo, en la prensa que no había dejado de acosarnos, a Billy y a mí, desde que nuestra relación había sido publicada en la prensa sensacionalista la primavera anterior. Una entrevistadora de la cadena de televisión ABC se acercó a nosotros a empujones con su micrófono. La seguía un cámara con el equipo al hombro.

Marian era nuestro vínculo con la prensa. Avanzó hasta quedar situada junto a Chino y rugió:

—Un poco de tacto. Las declaraciones, más tarde.

—Señor Brown —me gritó la entrevistadora—. Señor Brown, podría... Señor Brown, como entrenador de Billy ¿podría decirnos cómo se sintió cuando...?

En ese momento, algunos espectadores empezaron a gritarnos desde las gradas situadas por encima de nuestras cabezas.

—¡Billy vive!

—¡Se lo tiene bien merecido!

Y la voz chillona de una mujer trompeteó:

—¡Los homos merecen morir! ¡Ojalá os mataran a todos!

Más tarde, esa misma noche, en el hotel que ocupábamos en la ciudad, la familia consiguió bloquear el mundo exterior. Todos nos dejamos caer exhaustos en las camas o